

Los espacios del multiculturalismo y de la ciudadanía*

Alisdair Rogers

Unesco

Resumen

Este trabajo tiene como base el proyecto de la Unesco "Políticas culturales y modos de ciudadanía en las sociedades europeas" (MPMC), cuyo objetivo es contribuir a la comprensión de las relaciones entre ciudadanía, inmigración y política local; la interdisciplinariedad es un requisito esencial para comprender dichas relaciones, y entre las múltiples bases disciplinarias en que se fundamenta el MPMC se encuentra la Geografía.

El propósito de este artículo, por tanto, es sacar a la luz algunos de los principales temas geográficos relevantes para la investigación del multiculturalismo y de la ciudadanía en las ciudades europeas.

El punto de partida de esta investigación es que una persona siempre puede considerarse ciudadano de "alguna parte". Los derechos formales asociados a la ciudadanía en general se relacionan, salvo algunas excepciones, a ciertos territorios o lugares; sin embargo, las ideas geográficas que se manejan en este artículo apuntan hacia algunos espacios alternativos de ciudadanía y de multiculturalismo.

Abstract

This work is based on the Unesco project of the "Cultural political and citizenship ways in the european societies" (MPMC) which objective is to contribute to the understanding of the relationships among citizenship, immigration and local politics; the interdiscipline is an essential requirement to understand this relationships and geography is among the multiple disciplinary bases of the MPMC.

The purpose of this article, therefore, is to highlight some of the main geographical topics for the multi-cultural research and of the citizenship in european cities.

The starting point of this investigation is that a person can always be considered citizen of "somewhere". The formal rights associated to the citizenship in general are related, except some objections, to certain territories or places; however, geographical ideas that are deal with in this article point toward some alternative citizenship and of multiculturalism spaces.

Introducción: geografía y ciudadanía

El proyecto de la Unesco "Políticas Culturales y Modos de Ciudadanía en las Ciudades Europeas" (MPMC), enmarcado en el Programa Most, pretende contribuir a la comprensión de las relaciones entre ciudadanía, inmigración y política local. Su fundamento teórico y su estructura se describen en el artículo de Vertovec de este mismo número. Dicho brevemente, la presencia de cinco millones de ciudadanos de la Comunidad Europea residentes fuera de sus países de origen sobre un total de 10 millones de personas no

* El artículo se publica con autorización de la Unesco. Apareció, inicialmente, en la página <http://www.unesco.org/issj/rics156/rogerspa.html#artle>.

pertenecientes a la Comunidad Europea, pero que viven en ella, junto a la existencia de una segunda y tercera generaciones de antiguos inmigrantes, plantea graves cuestiones sobre las relaciones entre derechos políticos, legales, sociales y económicos, por un lado y, por el otro, hace que se multipliquen las nociones de pertenencia cultural. La interdisciplinariedad es un requisito esencial para comprender estas relaciones y entre las múltiples bases disciplinarias en que se asienta el MPMC se encuentra la Geografía. El propósito de este artículo es sacar a la luz algunos de los principales temas geográficos relevantes para la investigación del multiculturalismo y de la ciudadanía en las ciudades europeas.

El punto de partida para la investigación de las relaciones entre ciudadanía y Geografía es que un ciudadano siempre puede considerarse ciudadano de “alguna parte”. Los derechos formales asociados a la ciudadanía en general se relacionan, salvo algunas excepciones, a ciertos territorios o lugares.

El ejercicio real de estos derechos también va asociado a lugares concretos, que empiezan en el ágora de las ciudades-Estado griegas y llegan a los múltiples espacios públicos de una sociedad industrial urbana. Además, la diferencia social comúnmente se entiende, se construye y se representa como una diferencia espacial, y viceversa. La ciudadanía se basa en sentimientos de pertenencia cultural y social o de pertenencia a una comunidad, sentimientos que se hallan a menudo aparejados con conceptos de “dentro” y “fuera” o “cerca” y “lejos”, que implican la existencia de conjuntos de fronteras territoriales. Pero los aspectos geográficos de la ciudadanía han recibido mucho menos atención que sus bases históricas. Por ejemplo, históricamente se distinguieron las tres dimensiones de la ciudadanía propuestas por T.H. Marshall (civil, política, social) entre los siglos XVIII y XX, según la experiencia de la sociedad en que vivió, la británica, sociedad que experimentó muchos cambios en los últimos 200 años en cuanto a territorio político se refiere. Pero esta dimensión territorial se daba por supuesta y la cuestión del espacio quedó relegada a un segundo plano.

En lo que va de finales del siglo XIX a principios del XX, el concepto de ciudadanía constituía una preocupación explícita en el pensamiento geográfico de la época. Esta preocupación adoptó diversas formas, poniendo en cuestión y examinando, por ejemplo, la ciudadanía imperial, la ciudadanía internacional, la armonía y unidad entre las esferas locales y nacionales, la base regional de la comunidad política y las asociaciones que se hacían entre ciudadanía y territorios nacionales. Aquellos geógrafos intentaron responder a las preguntas

acerca de dónde pertenecía realmente la gente o cuál era su lugar en el mundo, ya que el propósito declarado de la educación geográfica también era hacer mejores ciudadanos. ¿Qué mejor para infundir un sentido de pertenencia y lealtad territorial que hacerlo a través de la geografía? ¿O qué mejor que recurrir a la geografía para crear un sentido de superioridad de algunas partes del mundo sobre otras? Sin embargo, este enfoque tan explícito quedó parcialmente relegado durante los decenios centrales del siglo XX y no fue recuperado hasta hace poco tiempo.

Más o menos a lo largo del último decenio ha habido una reafirmación del papel que tiene el espacio en la teoría social, por lo que cabe preguntarnos si estudiar y analizar el espacio contribuirá a nuestra comprensión de la ciudadanía y, por extensión, del multiculturalismo. Este artículo analiza el trabajo llevado a cabo por geógrafos de habla inglesa principalmente, centrado especialmente en cuatro temas seleccionados: escala, flujos y redes, espacio y diferencia y lugar. A pesar de que el MPMC se centra en ciudades europeas, este artículo también utiliza ejemplos de América del Norte y Canadá, donde las medidas políticas de signo multicultural han estado en vigor durante más tiempo que en Europa.

Las escalas del territorio y la ciudadanía

El primer conjunto de cuestiones que se plantean tiene que ver con la escala. La investigación científica social, incluido el MPMC, suele conducirse a una escala o en un ámbito prefijado, tal como podrían ser una comunidad, una ciudad o una Nación. Suele darse por sentado que la escala de la investigación forma parte de una jerarquía consolidada de niveles que configura un marco o contexto. Raramente los procesos sociales, económicos y políticos mediante los cuales se genera, se construye o se impugna la escala entran a formar parte del debate. La teoría política en particular puede, a menudo, caer en lo que John Agnew (1994) denomina “trampa territorial”, que tiende a pasar por alto la naturaleza histórica y contextual de la organización territorial. Pero a finales de los años noventa, la Unión Europea se halla inmersa en una reestructuración generalizada de la escala a la cual los científicos sociales convendría que prestaran atención.

El punto de mira del MPMC se sitúa sobre la ciudad europea y la noción de ciudadanía local. Por razones comprensibles, los debates sobre ciudadanía e inmigración han tendido a asociarse a ámbitos nacionales o estatales, si bien en

los últimos años se ha producido un desplazamiento cada vez mayor de este punto de vista hacia cuestiones relacionadas con la ciudad y la ciudadanía. En 1996, por ejemplo, algunas revistas publicaron diversos números monográficos de ciencias sociales dedicados a este tema, como *Public Culture*, *Urban Studies*, *Innovation e International Journal of Urban and Regional Research*. Los motivos para asociar ciudades con ciudadanía son múltiples. Para empezar, cualquier recuperación del interés filosófico por la ciudadanía se verá abocada a regresar a los precedentes de la ciudad-Estado griega. En segundo lugar, con la recomposición del territorio y de la política que Europa especialmente está sufriendo, existe el sentimiento de que ni la Nación-Estado ni el cuasi-Estado supranacional bastan para agotar las posibilidades de la ciudadanía. Holston y Appadurai (1996), por ejemplo, llegan a la ciudad a través de la discusión sobre el debilitamiento del Estado nacional bajo las presiones de la globalización: “la nación puede mantener el envoltorio de la ciudadanía, pero la substancia ha cambiado hasta tal punto o al menos ha puesto en cuestión tantas cosas que las morfologías sociales emergentes resultan radicalmente extrañas y fuerzan una reconsideración de los principios básicos de pertenencia” (Holston y Appadurai, 1996: 188).

En tercer lugar, los actuales debates sobre ciudadanía plantean cuestiones referentes a la relación entre la pertenencia a alguna forma de comunidad por una parte, y los aspectos formales del concepto de ciudadanía por otra, siendo las ciudades los lugares donde se plantean las cuestiones más profundas sobre pertenencia e identidad. Es en la escala urbana que las nociones de comunidad y de cultura compartida como base de la ciudadanía se hacen especialmente problemáticas, ya que es aquí donde las formulaciones liberales se enfrentan a su más grave reto, planteado por parte de las formulaciones de ciudadanía comunitarias, neorepublicanas y de políticas de identidad. Es en la ciudad donde se hacen evidentes al máximo las contradicciones entre los conceptos universales de ciudadanía y otros conceptos más diferenciados de ciudadanía.

Por último, al considerar la sustancia más que la forma de la ciudadanía aparecen variaciones locales muy significativas. Tal como García (1996: 9) lo formula, la importancia del análisis urbano radica en “comprender las distintas respuestas y modos de adaptación a los nuevos retos de la ciudadanía en el ámbito de los Estados nacionales”. Ello viene confirmado por los tipos de análisis llevados a cabo por el programa COST de la Comisión Europea sobre Multiculturalismo e Integración Política en las Ciudades Europeas (véase, por ejemplo, Rex y Samad, 1996). Es por este motivo también que el MPMC ha

decidido concentrarse en la escala urbana local más que en el ámbito nacional. Los gobiernos municipales, probablemente, han sabido responder mejor a las demandas y necesidades de los inmigrantes y de las minorías étnicas que los gobiernos nacionales.

Una conclusión que se deriva de estos estudios podría ser que las ciudades “cuestionan las naciones, se distancian de ellas e incluso llegan a reemplazarlas como espacio crucial de la ciudadanía en su calidad de espacio vivido no sólo por lo que a sus incertidumbres se refiere sino también a sus modos emergentes” (Holston y Appadurai, 1996: 189). Pero todo ello debe ser examinado críticamente, ya que podría ocultar un conjunto de asunciones que caerían bajo el epígrafe de aquello que Agnew (1994) denomina la “trampa territorial”.

La trampa territorial

A pesar de que en un principio esta idea se desarrolló en relación con la teoría política y las relaciones internacionales, resulta igualmente aplicable a la geografía y la sociología. La trampa está compuesta de tres elementos: en primer lugar, los territorios de los Estados se ven cosificados como unidades fijas y absolutas del espacio soberano, escamoteando de este modo la historia y la geografía de la formación de los Estados. Como consecuencia, la identidad política se concibe exclusivamente en términos de estado territorial, estableciendo una asociación entre ciudadanía, nacionalidad y territorio. En segundo lugar, las relaciones internas o domésticas se consideran separadamente de las relaciones externas o extranjeras, ocultando, por lo tanto, las interacciones entre ellas. En tercer y último lugar, el estado territorial se considera como un continente preexistente de la sociedad, de modo que las relaciones sociales se conceptualizan y examinan dentro de sus límites espaciales prefijados.

Estas suposiciones no han dejado de ser cuestionadas, en especial por estudios sobre la inmigración y las comunidades migratorias, y existen, además, motivos suficientemente poderosos como para cuestionar estas suposiciones en la Europa Occidental de los años noventa. La aparición de un marco supranacional que incluye, entre otros, a la Unión Europea, los países del grupo de Schengen y la asociación económica europea representa un factor de apertura del poder político, de la responsabilidad democrática y de los deberes ciudadanos. Otro factor lo constituiría el desarrollo de autoridades regionales fuertes y de alianzas entre individuos, a la vez que las diversas fuerzas de globalización a menudo han sido contempladas como reto a la integridad, e incluso a la existencia del Estado-

Nación. Muchos teóricos políticos han reconocido estos cambios, entre ellos Samuel Huntington (1993), quien habla del “choque de civilizaciones”, por el cual las principales fuerzas geopolíticas convergen hacia grandes regiones culturales, tales como el mundo occidental o el mundo islámico. Soysal (1994) abre un debate sobre la transformación de la situación de la ciudadanía en una forma “posnacional”, como resultado de una expansión desterritorializada de los derechos. Otros hablan de “un nuevo medievalismo”, dentro del cual el actual sistema de Estados soberanos que se remonta al Tratado de Westfalia está dando paso a las formas de soberanía verticalmente disjuntas y superpuestas que caracterizaron la Europa premoderna (véase Anderson, 1996: 151). Debe señalarse que el complejo sistema de soberanía, poder y lealtad propio de la Europa medieval reservaba un papel preeminente para la religión instituida, la cual muchos consideran que vuelve a representar una amenaza para la Nación-Estado. Y, tal como hemos visto, todavía hay otros que consideran que la ciudad es la clave del espacio de ciudadanía del futuro.

A pesar de que puede haber elementos ciertos y muy importantes en todos estos diagnósticos, deben considerarse con precaución a la luz de la trampa territorial. Si estos argumentos se basan en la idea de que ciertos procesos sociales, culturales o políticos simplemente suben o bajan de nivel dentro de una jerarquía consolidada de rangos, entonces pasan por alto los modos en que esta escala se produce desde los puntos de vista social, cultural y político. Además, dejan de lado los procesos que puedan interactuar entre escalas o que puedan dar lugar a escalas nuevas. Anderson (1996: 151) compara, contrastándolas, dos metáforas: por un lado, la metáfora de una escalera de mano en la que los procesos se mueven ordenadamente por los peldaños arriba y abajo; por otro, la metáfora de un patio de recreo donde los jugadores pueden moverse por todas partes, más libremente y de un modo menos prefijado, no solamente hacia arriba y hacia abajo, y donde, además, pueden hacerlo de lado, en diagonal o saltándose algunos peldaños. El conjunto de derechos y obligaciones asociados con la ciudadanía no se mueve simplemente hacia arriba o hacia abajo o en los dos sentidos al mismo tiempo. El complejo proceso de despliegue de la Unión Europea contemporánea no se puede aprehender solamente desde el sistema ya antiguo de escalas geográficas, porque los procesos que producen estas escalas se hallan, a su vez, sujetos a cambios.

De ahí se deduce que no podemos hablar del final o de la muerte del Estado-Nación sólo porque se hayan producido algunos cambios en los elementos que tradicionalmente van asociados con este concepto. Tal como Soysal (1994: 157)

apunta, los derechos asociados con un tipo de ciudadanía posnacional se hallan no obstante organizados a nivel nacional, mientras que la organización supranacional a menudo es más una cuestión de alianzas intergubernamentales. No parece cierto, tal como defienden Holston y Appadurai, que la ciudad se limite a reemplazar la Nación-Estado, al reproducir este argumento la trampa territorial a una escala más pequeña.

Tampoco Huntington tiene razón cuando afirma que la geopolítica se está dirimiendo en el ámbito de las superregiones culturales. Ambos argumentos se quedan constreñidos dentro de una lógica espacial prefijada que, habiendo detectado un cierto grado de debilitamiento de la soberanía política o geopolítica o de poder geopolítico en una escala, sugiere que también debe encontrarse, consecuentemente, en otra escala.

Respecto al MPMC, no puede darse por supuesto que la ciudad constituya necesariamente una escala de análisis significativa ni que el concepto de ciudad como nivel pueda darse por sentado, sino que debe situarse en un contexto que incluya la idea de jerarquía y que, a la vez, sea sensible a las posibilidades surgidas de nuevos procesos de producción de escalas. Un ejemplo de ello es la aparición de nuevas formas y nuevos territorios de gobierno en respuesta a los cambios demográficos y económicos. Muchas ciudades europeas han discutido los méritos relativos del gobierno metropolitano unitario en contraste con las formas de gobierno a doble nivel, por ejemplo Barcelona, Rotterdam y Copenhague. Mientras que algunas áreas metropolitanas han adoptado una forma polinuclear, en otras partes se han unido ciudades separadas para formar regiones urbanas, por ejemplo el Randstad Netherlands, las ciudades del lago de Ginebra y las ciudades Lombardas. En general, las unidades de gobierno local existentes son demasiado pequeñas para coordinar acciones que afecten a grandes regiones urbanas. Aun así, existe el peligro muy real de que la creación de jurisdicciones más extensas dejará a los inmigrantes y a las comunidades étnicas en una posición todavía más disminuida.

Otro ejemplo es la proliferación de microterritorios en los cuales ciertos derechos o poderes políticos se encuentran o bien en suspenso o bien readaptados de otras escalas. En el Reino Unido estos casos comprenden, por ejemplo, las corporaciones de desarrollo urbano, unas instituciones cuasipúblicas donde la autoridad gubernamental local quedó suspendida en favor de una junta designada por el gobierno central. En Estados Unidos, los distritos de mejora comercial y las comunidades residenciales protegidas también se hacen con parte de los poderes asociados a niveles de gobierno más amplios y más establecidos. Se ha

llegado a saber, incluso, que Detroit consideraba la posibilidad de crear una reserva india en el centro de la ciudad con la esperanza de que permitiendo el juego en este lugar se reactivaría la economía (*The Guardian*, 30 de Mayo de 1995). Tanto la controversia como la democracia pueden organizarse por parte del Estado a través de la gestión de escala y no resulta obvio en ningún sentido que la descentralización y la atomización en unidades menores conlleve un mayor grado de democracia. En el caso del barrio londinense de Tower Hamlets, por ejemplo, la descentralización de la gestión de la vivienda pública para cederla a las comunidades de vecinos alimentó las tensiones entre las comunidades blanca y de inmigrantes procedentes de Bangladesh.

A pesar de que hay buenos argumentos tanto a favor de las grandes unidades de gobierno como en defensa de las pequeñas, no existe un grado de comprensión sistemática apreciable del modo en que las escalas territoriales de gobierno urbano favorecen o entorpecen la participación política de los inmigrantes y de las minorías étnicas. Tampoco se sabe mucho de cómo la reorganización espacial del gobierno condiciona estas posibilidades.

Deberían incluirse algunas indicaciones acerca de cómo las instituciones locales o municipales encajan en las jerarquías nacionales e internacionales, porque la fijación de fronteras siempre constituye un acto político y es debido a ello que puede servir tanto para integrar a los actores políticos como para excluirlos o marginarlos. En toda Europa ha proliferado una amplia gama de instituciones fundadas pensando en la participación política de los inmigrantes y de los extranjeros (véase el artículo de Vertovec en este número). Entre ellas figuran, por ejemplo, los Consejos Consultivos regionales en Bélgica y los Consejos Municipales de Relaciones Comunitarias en el Reino Unido. A escala europea existen organizaciones como SOS Racismo, que ha crecido desde escalas locales hasta escalas transnacionales, pasando antes por las escalas nacionales, o como la Comisión de Iglesias para Migrantes de Europa. Estas instituciones y otras similares se hallan involucradas en un proceso de cuestionamiento y de reconstrucción de escalas de participación política. En algunos casos, por ejemplo los Consejos Consultores para Extranjeros alemanes, la gestión de los que carecen de condición de ciudadanos se lleva a cabo a escala urbana.

En otros casos los migrantes y los extranjeros han sido capaces de establecerse de manera más cercana al nivel nacional. Uno de los objetivos del MPMC puede ser el explorar más a fondo estas políticas de escala, no aceptando el nivel urbano sin más y analizando de qué modo los grupos de inmigrantes han

participado en la construcción de las escalas de representación. Mediante un análisis comparativo de un gran número de ciudades será posible observar cómo influyen las distintas geografías políticas metropolitanas y sus sistemas de administración territorial.

Redes y flujos

Los conceptos de escala y de territorio constituyen un elemento de la imaginación geopolítica, y otro lo constituyen las ideas de redes y flujos. Existen buenas razones para argumentar que la Europa de los años noventa se hallaba en un periodo decisivo de reestructuración territorial, del mismo modo que hay argumentos para creer en la existencia de un cambio en las relaciones entre lugares y redes. Tanto los migrantes como las redes de migrantes transnacionales se constituyen elementos cada vez más importantes de esta situación. Entre los teóricos más importantes sobre las nuevas redes se halla Manuel Castells, el cual arguye que, dentro de un modo de producción capitalista, el modelo industrial de desarrollo está cediendo su lugar a un modelo informacional (Castells, 1996). Al referirse más específicamente a las ciudades europeas, Castells (1994) ha realizado algunas observaciones juiciosas, alcanzando algunas conclusiones generales sobre la sociedad informacional. La revolución informacional “permite el proceso simultáneo de centralización de mensajes y de descentralización de su recepción” (Castells, 1994: 20), lo cual crea un “espacio asimétrico de flujos de comunicación” entre la aldea global, por un lado, y, por el otro, entre aquellos lugares y pueblos que no se hallan conectados a las redes globales. Respecto a la ciudad, Castells deduce que flujos de información, capital y poder están ganando preeminencia sobre los ámbitos o territorios del significado. Ello nos lleva a su modo de resumir la ciudad europea, lo cual implica el dualismo urbano fundamental de nuestros días, oponiendo el cosmopolitismo de las elites, que viven en conexión diaria con todo el mundo (funcionalmente, socialmente, culturalmente), al tribalismo de las comunidades locales atrincheradas en sus espacios, que intentan controlar como último bastión contra las macrofuerzas que moldean sus vidas al margen de su voluntad (Castells, 1994: 30).

En otras palabras, la ciudad europea contiene al menos dos circuitos potenciales de multiculturalismo: uno se halla cohesionado por intercambios de comida, música, experiencias, viajes, etc., a escala global, mientras que el otro es más local y apegado al territorio. Los gobiernos locales se hallan precisamente allí donde se articulan estas fuerzas globales y locales.

Actualmente se debate mucho sobre el modo de gobierno urbano y la ciudad posfordiana. La forma fordiana de gobierno local combinó la ubicación de varios productos y servicios con un conjunto relativamente estable de instituciones normalmente estructuradas en algún tipo de esquema jerárquico y territorial. A pesar de que se mantiene la incógnita de si existe algo comparable a un sistema de regulación local estable de tipo posfordiano, ciertos rasgos clave parecen obvios: mayor iniciativa local, elevación del desarrollo económico por encima de la política social y expansión del gobierno en instituciones mixtas que incluyen agentes privados y semipúblicos. Un hilo conductor común a estos fenómenos es la aparición de nuevas formas de cooperación articulada entre agentes locales y entre lugares distintos, consistente en altos niveles de interacción entre las instituciones locales dentro de la conciencia mutua de participar en una empresa común. Dentro de este contexto cobran importancia las cuestiones sociológicas de confianza, reciprocidad y conocimiento compartido entre protagonistas. Según Healey *et al.* (1995: 274), ello significa que el poder se halla menos organizado a través de las estructuras políticas jerárquicas del pasado y más “siguiendo alianzas y redes horizontales, creando puntos en común entre la política y la economía, y entre lo público y lo privado”.

Estas alianzas son a menudo temporales y se limitan a un solo proyecto. También pueden ser menos formales y estar menos unidas a lugares concretos. Constituyen lo que según Healey *et al.* (1995) denominan “infraestructura relacional”; esto implica no sólo que existe actividad en el ámbito de una red, sino también la identificación de “nódulos clave” dentro de estas redes, “lugares donde se pueden identificar y discutir las causas de los problemas comunes, así como los objetivos compartidos” (Healey *et al.*, 1995: 285). Si esto es así, entonces se desprenden ciertas consecuencias para la ciudadanía y la inmigración en las ciudades. En primer lugar, la estructura institucional hacia la cual se canalizan las exigencias de las minorías étnicas y de los inmigrantes se halla sometida a un profundo cambio. Uno de los objetivos del MPMC es descubrir a través de un análisis comparado el modo exacto en que los entramados institucionales existentes condicionan la participación de los migrantes y de las minorías étnicas. Un buen ejemplo de este tipo de estudio se halla en la comparación que realiza Patrick Ireland de la política sobre inmigración en cuatro ciudades de Francia y Suiza (Ireland, 1994), donde analiza estas políticas desde el punto de vista de la “canalización institucional”, o efectos de las estructuras institucionales de la sociedad anfitriona sobre la movilización política de los inmigrantes.

El marco comparativo del MPMC se presta muy bien a este tipo de enfoque. El modelo tipificado por las ciudades estadounidenses a lo largo del siglo XX, el de una sucesión étnica a través de un conjunto de canales institucionales relativamente estables, seguramente está perdiendo importancia. A medida que nuevos grupos de inmigrantes llegan a las ciudades europeas puede que ya no les sea posible adaptarse o llegar a controlar los canales institucionales abiertos por grupos anteriores, es decir, que allí donde existe la ciudadanía, puede que se haya retirado de las jerarquías verticales para pasar a formar parte de entramados horizontales.

En segundo lugar, estos convenios pueden ser más o menos democráticos. Un desplazamiento desde las viejas formas representativas de gobierno hacia formas basadas en la cogestión y en las alianzas pueden abrir mayores posibilidades de participación para los grupos étnicos y de inmigrantes.

Precisamente en el momento en que se están forjando nuevas relaciones de organización quizá la ciudad se está mostrando más receptiva a estas posibilidades. El gobierno participativo probablemente será capaz de acomodar intereses muy distintos precisamente porque se basa más en acuerdos cambiantes y organizaciones montadas para proyectos específicos. Por otra parte, su distanciamiento respecto a las formas de representación plantea nuevos problemas de responsabilidad y de participación en la toma de decisiones. Aquí Healey *et al.* (1995) sostienen que cobra una nueva importancia la idea liberal de los derechos del ciudadano. Desde este punto de vista, la ciudadanía consiste menos en el acceso a los bienes sociales y más en el derecho a ser tomado en cuenta en los lugares de encuentro, las alianzas y los nodulos que constituyen el ejercicio del poder.

Incluso en ausencia de inmigración y en presencia de recién llegados y minorías étnicas más asentadas, las ciudades europeas deberán establecer nuevas formas de gobierno, así como nuevas formas de acceder a las decisiones y de responder a ellas. Por lo tanto, éste es el momento oportuno para abrir el debate sobre la cuestión de la participación de los migrantes. Pero también existe la posibilidad de que surjan nuevas formas de exclusión política que, al apoyarse en entramados de naturaleza más temporal y cambiante, sean más difíciles de detectar y de combatir.

Espacio

Un tercer elemento de la imaginación geográfica lo constituye el espacio. El concepto más obvio del espacio es el de distribución geográfica, es decir, determinar en qué lugar del espacio se encuentran las cosas. Pero una teoría más reciente ha empezado a considerar otros espacios que los puramente materiales o concretos. Precisamente de las ideas de Henri Lefebvre (1991) se colige que existe una tendencia a abrir el espacio para añadir tanto su representación como el modo en que es vivido al ámbito de la práctica espacial. Bajo el título de “la producción social del espacio”, muchos geógrafos han intentado demostrar que el espacio material se halla asociado, por una parte, a los espacios conceptualizados de los planificadores, los tecnócratas y los científicos, y, por otra, a los espacios de la imaginación, la experiencia y la invención mental de posibilidades y de significados. Más que aspirar a un espacio físico y mental por separado, lo que se pretende es hacerlos converger. Por lo tanto, por mencionar un ejemplo, las representaciones de espacio en forma de códigos, planos, mapas, etc., son cada vez más importantes para comprender la ciudad. Existe una conciencia creciente de los modos en que el vocabulario espacial de metáforas, tales como centros, márgenes, localizaciones, entramados, lugares, campos y territorios, etc., se utilizan para ordenar las relaciones sociales de la diferencia. Dos ejemplos de esto son el espacio público y, como se verá en la siguiente sección, el espacio multicultural.

El espacio público

Un tema cada vez más importante dentro del estudio geográfico lo constituyen los espacios públicos de distintos tipos (véase por ejemplo, Mitchell, 1995 y Ruddick, 1996). El ágora griega, el foro romano, las plazas y las calles del París revolucionario y de la Comuna, las cafeterías de Londres del siglo XVIII y las plazas monumentales de la Europa nacionalista han jugado, todos, su papel en la historia de la ciudadanía. Además, la negación de la ciudadanía se suele experimentar más directamente a través de la exclusión de estos espacios, bien en el caso de los esclavos y los menores de edad del ágora, de las mujeres de los lugares públicos en la ciudad del siglo XIX, o de los sin hogar de los distritos visibles de la ciudad del siglo XX. En cierto sentido, el hecho de hallarse oculto equivale a no ser ciudadano. Por la misma regla de tres, ser visible en público

es el ejercicio más fuerte de demostración de derechos de ciudadanía, tal como se pudo observar en las multitudes que rodearon la Puerta de Brandenburgo durante la caída del muro de Berlín, las masas en la Plaza Wenceslao de Praga durante la revolución de terciopelo checa o las protestas prolongadas en las calles de Belgrado en 1996. La calle y la plaza pública son espacios contruidos políticamente que a veces permiten que ideas y temas se desplacen a otras escalas, bien mediante la fuerza de la acción colectiva, bien a través del fracaso de la autoridad estatal para manejar eficazmente estas escalas.

Los espacios públicos de todo tipo —que actualmente incluyen cada vez más espacios electrónicos— resultan importantes para establecer las bases elementales de la interacción social, dado que constituyen los medios activos para la construcción y el cuestionamiento de nuevas identidades, como sucedió, por ejemplo, en las manifestaciones callejeras de los jóvenes musulmanes de los años setenta y ochenta. Los espacios públicos son más que meros lugares para el ejercicio de modos predefinidos de ciudadanía, ya que constituyen también la base de la imaginación de nuevas posibilidades de ciudadanía, así como los campos en que se construyen las identidades de relación social. La ciudadanía se asocia a menudo con cuestiones de pertenencia cultural y de afiliación a una comunidad, y los espacios públicos son cruciales para establecer la importancia de la identidad étnica porque proporcionan mucho del material a partir del cual se construyen los juicios de valía y aceptabilidad por parte de las sociedades anfitrionas.

Gran número de escritores han empezado a hablar del declive del espacio público en la ciudad occidental. En la medida en que estos problemas son reales (y muchos se hallan bien arraigados en las ciudades estadounidenses), este proceso influirá en las posibilidades de los inmigrantes y de los grupos étnicos de participar tanto en la ciudad como en la ciudadanía, así como en su posibilidad de influir en las relaciones intergrupales. Entre estos cambios se encuentra, en primer lugar, la privatización del espacio público. Se arguye que los espacios públicos de la ciudad están desapareciendo y que se están fragmentando bajo la proliferación del control privado o comercial. El auge de los centros comerciales, de las plazas privadas, de las ferias especializadas, etc. contribuye a sustituir el acceso público por el control privado. Parece comprobado que estos lugares son tratados cada vez más como ámbitos donde debe imperar cierta “respetabilidad”. Un ejemplo perfecto de esto podría ser el centro comercial West Edmonton Mall en Alberta, Canadá, donde no es posible llevar a cabo acciones políticas, tales como arengas y manifestaciones. Dada la

importancia de los espacios públicos para la ciudadanía en el pasado, estos cambios deben contemplarse con preocupación.

Un segundo foco es la mercantilización del espacio público: partiendo de la privatización del espacio se halla el aumento del dominio por parte de los valores asociados al dinero. El acceso a los espacios de la ciudad se basa progresivamente en el papel de la gente en cuanto consumidores más que en cuanto ciudadanos. Los espacios públicos en la ciudad han visto renovada su importancia en las prácticas de consumo de las clases medias, que han ido ocupando más y más espacios antiguamente reservados a las clases bajas.

París ofrece un excelente ejemplo de este proceso, ya que este tipo de espacios pueden alimentar las ansias consumistas de la clase media en cuanto se refiere a comidas, acontecimientos y experiencias “étnicas”, admitiendo al inmigrante o al extranjero, partiendo de la base de que lo que ellos producen debe ser consumido por otros.

El tercer proceso en curso podría denominarse la “militarización” del espacio público. En Los Ángeles, por ejemplo, hay signos de cierta generalización del estilo militar en el control del espacio ciudadano (Herbert, 1996). Ello incluye helicópteros de la policía conectados con avanzados sistemas electrónicos de información y de mecanismos de seguimiento informatizados; una conciencia táctica cada vez mayor por parte de las fuerzas policiales por lo que respecta al control social; cámaras de vigilancia; empresas privadas de seguridad; toques de queda restringidos en zonas concretas (por ejemplo, en los barrios magrebíes de París); estilos de construcción y de arquitectura defensivos, etc. Naturalmente, la excusa que se da a estos fenómenos suele ser tanto el aumento de la delincuencia como del miedo a la delincuencia, y en la ciudad multicultural estos conceptos rápidamente toman un cariz racial. Lo que ya no está tan claro es que estos fenómenos se den solamente en Estados Unidos, puesto que el Reino Unido también ha tenido una larga experiencia con ellos, especialmente en Belfast y otras ciudades de Irlanda del norte, así como en el propio Londres.

¿Sería demasiado imaginativo y alarmista sugerir que el futuro de las ciudades occidentales se halla tanto en su capacidad de gestionar la discrepancia y de controlar el malestar social como en sus ventajas económicas o estrategias culturales? Las pruebas procedentes de Gran Bretaña respecto a estos fenómenos, como puede ser la extensión de la ley de justicia criminal para regular las reuniones públicas y las protestas, indican que cuantas más leyes se promulgan mayor desorden se genera. Sea como sea, es probable que, de no producirse un incremento súbito de los derechos de ciudadanía y de no aumentar la tolerancia

en su forma de ejercerlos, las comunidades étnicas de Europa se hallarán entre aquellas más directamente afectadas por la generalización de la militarización.

La diversidad pública urbana se está experimentando cada vez más a través de imágenes, símbolos y representaciones, en vez de hacerlo mediante una interacción social más directa y menos mediatizada. Por lo tanto, resulta pertinente que los proyectos de investigación del MPMC incluyan estudios etnográficos de los espacios públicos. Este fue uno de los elementos clave del reciente programa de investigación de la fundación Ford Changing Relations (Cambio en las Relaciones) llevado a cabo en las comunidades estadounidenses (Bach, 1993). Este programa incluía investigaciones realizadas en edificios de apartamentos, escuelas, lugares de culto y en calles y plazas, a fin de descubrir cómo las actividades cotidianas rutinarias sientan las bases de la interacción entre grupos. Fuera de las estructuras institucionales formales, estos espacios públicos constituyen una parte importante de las conexiones entre la ciudadanía y el multiculturalismo.

Diferencia y lugar en la ciudad multicultural

El cuarto y último tema tiene que ver con la diferencia y el lugar o, dicho de otro modo, con el modo en que se viven y representan las relaciones sociales de la diferencia a través de las relaciones espaciales, concretamente intentando desplazar la diferencia a alguna otra parte. El ejemplo concreto que a continuación se examina es lo que creemos que debería ser una ciudad multicultural.

Se pueden esbozar cuatro modelos generales de “buena ciudad” que explícitamente hagan referencia al espacio, al lugar y a la diferencia. El concepto de “modelo” se utiliza aquí en el sentido de una posición ideológica-normativa, tal como la caracteriza Inglis (1996). El primer modelo es el de la ciudad de la exclusión o la ciudad dividida, por ejemplo, las ciudades del *apartheid* en el caso extremo o, más cercanas a Europa, ciudades como Nicosia, Beirut o Jerusalén. En estos casos la ciudad segregada se diseña de modo que constituya una réplica perfecta de la sociedad segregada, dentro de la cual las diferencias étnicas o raciales se consideran absolutas, incompatibles y excluyentes. Inglis denomina a este fenómeno “política diferencialista”, en la cual el conflicto se evita minimizando el contacto entre minorías. En su forma más extrema es incompatible con los valores de una sociedad liberal. El segundo modelo es el de la ciudad de la asimilación, en la cual las diferencias étnicas y raciales se disuelven y hay una segregación residencial que tiende a cero o que

es absolutamente aleatoria, tal como se expresa en la diagonal de la curva de Lorenz. El progreso hacia la ciudad deseable viene, por lo tanto, indicado por la disminución de los índices de segregación residencial o de otro tipo. Estos dos modelos proporcionan posiciones sólidas, definidas y normativas. Ninguno de estos modelos, no obstante, se toma actualmente en consideración como posibilidad para las ciudades europeas, a pesar de que pueden quedar algunos deseos residuales de asimilación de algunos barrios, como ocurre en Francia. Sin embargo, las alternativas son menos radicales: serían la ciudad multicultural y la ciudad de la diferencia, que son variantes del tercer modelo de multiculturalismo propuesto por Inglis. La distinción entre la ciudad multicultural y la ciudad de la diferencia se hace más claramente comprensible a través de la obra de una geógrafa australiana, Kay Anderson (1988,1993), cuyo trabajo empieza en Canadá, aunque luego se ha extendido a Australia siguiendo las ideas del libro de Edward Said *Orientalism* (*Orientalismo*), a la luz de las cuales examina el modo en que los conceptos orientalistas de los chinos han estructurado las respuestas de la elite anglosajona canadiense y australiana. Existe una continuidad entre las ideologías propias del siglo XIX de la supremacía blanca y las ideologías de multiculturalismo estatal de finales del siglo XX. A pesar de que en apariencia son muy distintas, todas incluyen una actitud esencialista hacia los chinos. En épocas anteriores se trataba de esencialismo racial, mientras que en tiempos más modernos constituye esencialismo cultural.

Esta idea ha surgido muchas veces bajo formas distintas. Otros han distinguido entre el multiculturalismo corporativo o gestionado, por un lado, y el multiculturalismo incorporacionista, por el otro. El primero se caracteriza porque toma las identidades de grupo como prefijadas e inamovibles, y considera que las fronteras sociales que las separan son inalterables. Estas fronteras se establecen desde arriba, a través de las leyes, del gobierno y de la planificación, y pueden contribuir a perpetuar las diversidades étnicas y no sólo limitarse a gestionarlas. A menudo incluyen medidas políticas orientadas a los grupos minoritarios mientras dejan a la sociedad mayoritaria intocada.

La segunda forma de multiculturalismo concede más margen de maniobra para que las comunidades negocien y establezcan las condiciones de su incorporación, posiblemente reconociendo una naturaleza más relacional o más fluida de la identidad social, a la vez que incorporan medidas políticas que van dirigidas al grueso de la sociedad más que a sus minorías. Lo que tiene de original la versión de Anderson es el papel que le atribuye al propio espacio. La “geografía imaginativa” (en expresión de Said) de un tipo de “orientalismo”

intraurbano fija tanto las fronteras espaciales como las sociales. La nítida línea trazada tanto en el suelo de la ciudad como en el mapa que separa el barrio chino del resto de Vancouver es prueba tangible de que la condición de chino es considerada como hecho diferencial. Los códigos espaciales, los planos, mapas y representaciones entran a formar parte de la identificación de la diferencia social, y si la importancia de las diferencias raciales pueden considerarse en entredicho y relativamente borrosas, la demarcación espacial se constituye entonces en poderosa estrategia para dar carta de naturaleza a estas diferencias, perpetuándolas.

Además, a finales del siglo XX los líderes empresariales y cívicos chinos contribuyeron activamente a perpetuar este sentido de la diferencia como algo natural. Ya no se trata de una imposición desde arriba, sino que los barrios chinos se han constituido en espacios claramente identificables, con un estilo arquitectónico distinto y un paisaje cultural rápidamente reconocible que hacen aumentar los beneficios comerciales. Es con este propósito que las ciudades australianas como Brisbane, Adelaida y Cambera están o bien estableciendo sus barrios chinos, o inventándoselos directamente. En Brisbane los comerciantes chinos se rebelaron contra el intento de la ciudad de imponerles un espacio cultural falseado y poco auténtico. En Melbourne, las pequeñas empresas reaccionaron contra las grandes empresas y las autoridades municipales cuando éstas se aliaron para “orientalizar” el espacio y hacer subir el precio del suelo.

En Vancouver esta historia tuvo un giro inesperado. Igual que en Australia, Canadá ha deseado fervientemente atraer inversiones chinas desde Hong Kong y Taiwan (Mitchell, 1993), y tanto el gobierno federal como el local son plenamente conscientes de que una política multicultural constituye un mecanismo clave para conseguir estas inversiones. En otras palabras, la Ley Multicultural de 1988 estaba dirigida en igual medida a los inversionistas extranjeros ricos y a los francófonos o amerindios. Pero existía auténticamente un capital multicultural detrás de la transformación física de la ciudad de Vancouver. El centro se rediseñó con dinero procedente de Hong Kong, y los barrios altos y de clase media se vieron alterados por la introducción de las denominadas *monster houses*. Los propietarios de las zonas centrales de la ciudad y los residentes en los barrios anglófonos reaccionaron a estos cambios culpando a los chinos. Un incidente notorio tuvo que ver con los esfuerzos de la comunidad para salvar una secoya que el propietario chino de un solar pretendía talar. En este caso la resistencia tomó forma de salvamento de un paisaje cultural, de un elemento de la herencia anglocanadiense. Un argumento

similar se ha utilizado respecto a los esfuerzos por comercializar y despolitizar el distrito de Los Ángeles de la Old Plaza. Aquí una cultura chicana artificial dirigida a los turistas ha negado un recurso vital para los numerosos pobres sin hogar, vagabundos e indocumentados de la ciudad. Este episodio ilustra que el multiculturalismo puede venir tanto desde arriba como desde abajo, y es compatible con los intereses del Estado de mantener las condiciones de crecimiento económico mediante sus intentos de atraer el capital flotante internacional.

Lo que estos estudios parecen poner de relieve es un aspecto específicamente geográfico del multiculturalismo, puesto que reconocen la importancia del espacio (tal como se percibe, se concibe y se vive) y del paisaje cultural a la vez como creadores y como representantes de la ideología multicultural, y sugieren que existe más de un multiculturalismo posible en la ciudad. Uno de ellos tendría que ver con los intercambios de comida, música, experiencias, viajes etc., a escala global, otro deberíamos buscarlo entre los códigos de gobierno y de planificación, mientras que un tercero sería de naturaleza algo más *underground*. Además, nos advierten de los peligros tanto del esencialismo como de la reproducción de viejas ideologías racistas agazapadas detrás de formulaciones aparentemente liberales.

¿Qué podríamos decir entonces del cuarto modelo, la ciudad de la diferencia?

Esta idea surge del trabajo de la politóloga y escritora feminista Iris Marion Young (1990), quien ha relacionado la preocupación por la justicia y la diferencia de un modo no esencialista y no relativista, pero al mismo tiempo dando protagonismo a la propia ciudad. Para empezar, Young sugiere que la justicia se halla en un conjunto de posibilidades no tenidas en cuenta y que, por así decirlo, se hallarían justo debajo de la superficie y que podríamos sacar a la luz fácilmente. Esta autora no se propone establecer una teoría abstracta y distante, sino que, al pensar en la ciudad europea, considera que un multiculturalismo justo es una posibilidad real más cercana de lo que a veces nosotros mismos nos imaginamos. En segundo lugar, su teoría de la justicia es una teoría fecunda que consiste en identificar los impedimentos de su realización, que ella denomina “las cinco caras de la opresión” y son: a) explotación (en un sentido económico); b) marginalización (la expulsión de la gente de su

participación útil en la vida social); c) impotencia (la falta de autoridad, de *status* social y de sentido del yo); d) imperialismo cultural, y, finalmente, e) violencia.

Además, la autora presenta la justicia como un modo de reconocimiento más que de redistribución, exigencia formulada a menudo por parte de las comunidades de extranjeros y de migrantes en Europa.

Young critica la visión de la comunidad como un ideal de interacción personal. Desde su punto de vista, esto ha dependido tanto de la exclusión como de la inclusión, de modo que las comunidades dependen de la definición de ámbitos externos, que sitúan las ideas categóricas fijas y dogmáticas de identidad por encima de las ideas relacionales. Young, por el contrario, considera la vida urbana como una convivencia de extranjeros, lo cual la conduce a identificar cuatro elementos de la vida urbana que podrían convertir esta situación en realidad:

1. La diferenciación social sin exclusión: “según este ideal, los grupos no se sitúan dentro de relaciones de inclusión y de exclusión sino que se superponen y entremezclan sin llegar a hacerse homogéneos. En la ciudad deseable uno se traslada de uno a otro barrio sin saber exactamente donde empieza uno y donde termina el otro. En el ideal normativo de la vida urbana, las fronteras son abiertas e indefinibles” (Young, 1990: 238).
2. Variedad: la diferenciación de usos múltiples del espacio social, o sea, el espacio no destinado exclusivamente a una función en un momento dado. Aquí se podría, quizá, subrayar la importancia de los barrios más viejos y de algún modo más pueblerinos de las ciudades europeas donde la residencia, el trabajo y el ocio se hallan íntimamente asociados y donde existe mucha variedad en la vida callejera, en contraste con las regiones más especializadas y modernas de las zonas residenciales suburbanas o de las comunidades de clase media. En París, el contraste se establecería entre el céntrico barrio de Belleville y las *banlieues* de la periferia.
3. “Erotismo”: este término utilizado por Young (1990) es el reverso de “comunidad” y se refiere a las profundas atracciones que ejercen los otros, al juego rayano en el miedo y en la delectación que provoca la extraña impersonalidad de una ciudad. En parte esto se deriva de la estética de la ciudad, de sus luces, lugares, yuxtaposiciones, encuentros imprevistos, etcétera.

La planificación pública ya suele utilizar la presencia de comunidades étnicas como elementos exóticos o estimulantes del paisaje urbano, por ejemplo en la zona de San Salvario en Turín o en los barrios chinos que se han mencionado antes. En algunas circunstancias esto puede conducir a la aparición de tensiones dentro del barrio, como ocurrió en Spitalfields, en el este de Londres, donde los pequeños burgueses ricos atraídos por la reputación exótica de esta zona y por su historia están desplazando a la comunidad local originaria de Bangladesh. Lo que importa es quién controla e influye en la planificación estética de los entornos y paisajes urbanos.

4. Publicidad: los actos políticos de los espacios públicos, la oportunidad de conocer otras opiniones, oír argumentos distintos, ser testigo de controversias, etc. Para Young es importante que el habitante urbano se encuentre con estas manifestaciones de la vida urbana y que sean lo más diversas posibles. El epítome de esta situación podría buscarse en el Moscú de finales de los años ochenta y principios de los noventa, cuando las calles, plazas y estaciones de metro de la ciudad rebosaban de gente que repartía folletos, que colgaba mensajes en los muros y que pronunciaban discursos ante pequeños grupos. Éstos son los tipos de actos que impiden los procesos que actúan sobre el espacio público mencionados en la sección anterior.

Todas estas cosas son relevantes tanto para el multiculturalismo como para la ciudadanía. Lo que Young nos ofrece es, en primer lugar, una relación entre la planificación urbana, la política de la diferencia y la justicia (y por lo tanto de la ciudadanía); en segundo lugar, un conjunto de ideas que permiten identificar los obstáculos que nos impiden alcanzar todo ello, especialmente los obstáculos que se encuentran en el espacio público. Según Young puede decirse que la ciudad es buena (y que puede ser incluso mejor) para el multiculturalismo, y también que el multiculturalismo es deseable para la ciudad y para la justicia. También nos indica la dirección correcta a seguir, aunque existan muchas preguntas sin respuesta, especialmente en lo tocante a la relación de su ideal de justicia con otros ideales de justicia redistributiva más consolidados. Su concepto de diferencia se acepta con facilidad y su ideal de ciudad resulta atractivo, a pesar de que resta importancia a los problemas que enfrentan las mujeres, concretamente cuando se trata de aprovechar el espacio público. Las minorías visibles también pueden convertirse en blancos potenciales de la

violencia y la persecución racial, lo cual les impide el acceso a los espacios de la ciudad multicultural.

El principal problema radica en cómo traducir estas intenciones ideológico-normativas en formas programático-políticas de multiculturalismo (Inglis, 1996). El enfoque comparado del MPMC nos brinda la oportunidad de dilucidar el modo en que ciudades distintas han previsto la sociedad multicultural. Ello debería incluir no solamente las políticas oficiales, sino también las representaciones y los modos de imaginar la diferencia étnica tal y como se plasma en códigos, planos, mapas y declaraciones públicas, elementos que incluyen una definición espacial más cultural y explícita de la “representación” que debe acompañar al significado político del término.

Recapitulación

El proyecto “Políticas Multiculturales y Modos de Ciudadanía en las Ciudades Europeas” brinda la oportunidad de contribuir a uno de los principales temas del programa Most de la Unesco: la gestión de las sociedades multiétnicas y multiculturales. El uso del análisis comparado de grupos de ciudades situadas en distintos países europeos y el énfasis puesto en la investigación empírica de conceptos abstractos, tales como la ciudadanía y el multiculturalismo, nos ofrecen la oportunidad de formular recomendaciones para la toma de decisiones políticas a nivel local. Este proyecto se caracteriza básicamente por la combinación de ideas y de posibles soluciones, partiendo de una variedad de disciplinas, entre las cuales figuran la Teoría Política, la Sociología, la Antropología y la Geografía. Las ideas geográficas que se han manejado en este artículo apuntan hacia algunos espacios alternativos de ciudadanía y de multiculturalismo, los cuales incluyen: a) el énfasis en la construcción de escala política y social, y, en particular, la geografía política de las jurisdicciones urbanas; b) la posible aparición de entramados de gobierno urbano que desplacen formas de organización territorial más jerarquizadas; c) la importancia de los espacios públicos considerados como lugares donde ejercer los derechos de ciudadanía, y d) para acabar, los modelos normativo-ideológicos de la ciudad multicultural. Igual que ocurre con la condición de ciudadanos, las iniciativas políticas públicas deben ubicarse en alguna parte, lo cual significa que la geografía tiene su importancia.

Bibliografía

- AGNEW, J., 1994, "The territorial trap: the geographical assumptions of international relations theory", in *Review of International Political Economy*.
- ANDERSON, J., 1996, "The shifting stage of politics: new medieval and postmodern territorialities?", in *Environment and Planning D., Society and Space*.
- ANDERSON, K., 1988, "Cultural hegemony and the race-definition process in Chinatown, Vancouver 1880-1980", in *Environment & Planning D., Society and Space*.
- ANDERSON, K., 1993, "Otherness, culture and capital: 'chinatown's' transformation under Australian multiculturalism", in G.L. Clark, D. Forbes and R. Francis, *Multiculturalism, Difference and Postmodernism*. Melbourne, Longman Cheshire.
- BACH, R., 1993, *Changing relations: newcomers and established residents in US communities*, Ford Foundation, Nueva York.
- CASTELLS, M., 1994, "European cities, the informational society and the global economy", in *New Left Review*.
- CASTELLS, M., 1996, *The rise of the network society*, Basil, Blackwell, Oxford.
- GARCÍA, S., 1996, "Cities and citizenship", in *International Journal of Urban and Regional Research*.
- HEALEY, P. et al., 1995, *Managing cities: the new urban context*, John Wiley, Chichester.
- HERBERT, S., 1996, "The geopolitics of the police: foucault, disciplinary power and the tactics of the Los Angeles Police Department", in *Political Geography*.
- HOLSTON, J. y Appadurai, A., 1996, "Cities and citizenship", in *Public Culture*.
- HUNTINGTON, S., 1993, "The clash of civilizations?", in *Foreign Affairs*.
- INGLIS, C., 1996, "Multiculturalism: new policy responses to diversity. Management of Social Transformations", in *Policy papers* núm. 4., UNESCO, París.
- IRELAND, P., 1994, *The policy challenge of ethnic diversity: immigrant politics in France and Switzerland*, MA, Harvard University Press, Cambridge.
- LEFEBVRE, H., 1991, *The production of space*, Blackwell, Oxford.
- MITCHELL, D., 1995, "The end of public space? people's park definitions of the public, and democracy", in *Annals of the Association of American Geographers*.
- MITCHELL, K., 1993, "Multiculturalism or the united colors of capitalism?", in *Antipode*.
- REX, J. y SAMAD, Y., 1996, "Multiculturalism and political integration in Birmingham and Bradford", in *Innovation*.
- RUDDICK, S., 1996, "Constructing difference in public spaces: race, class, and gender as interlocking systems", in *Urban Geography*.
- SOYSAL, Y., 1994, *Limits of citizenship: migrants and postnational membership in Europe*, University of Chicago Press, Chicago.
- YOUNG, I. M., 1990, *Justice and the politics of difference*, University Press, Princeton.

